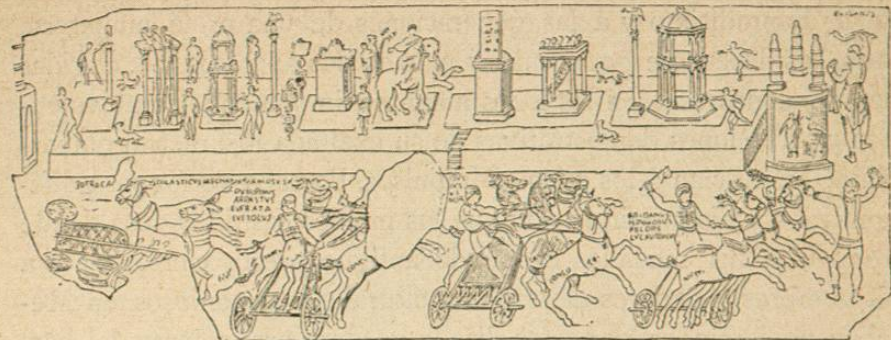


derable ambición del desapoderado joven. Celebrarán el matrimonio, y tras el matrimonio adoptará Silio al heredero de Claudio, á Británico, y tras esta consiguiente adopción se declararán césares y subirán al trono del mundo. El escandaloso matrimonio debe costarle á la cuitada su vida.



Juegos del Circo, según un mosaico de Barcelona

CAPÍTULO IV

DESAPODERADAS NUPCIAS

Mientras Narciso ideaba el modo y manera de ir delatando á Claudio, sin herirle mucho, por natural cuidado de su salud, la escandalosísima boda tramada por su mujer, dábase con toda su alma y todo su cuerpo ésta, en el propio Palatino, á los desvaríos del amor sensual y grosero, exacerbados hasta demencias, no ya imposibles de contar por lenguas y plumas contenidas en ciertos respetos debidos al pudor general, imposibles de imaginar ni por la fantasía más aquejada de alucinaciones eróticas. Pero con esto de las nupcias ocurriósele increíble bellaquería. Deseando aumentar goces, disminuidos á la continua por el desgaste de las fuerzas y el embotamiento de los sentidos, connaturales á los desórdenes y á los excesos, había resuelto en sus desvaríos trocarse con Silio, de amantes hartos por una larga posesión mutua, en platónicos novios virginales, ajenos á tálamos diferentes del que les aparejaban sus mutuos amores legítimos y les ungián de consuno la religión y las leyes. Así, mirábanse con ojos pudorosísimos, decíanse dulzuras innumerables, arrullábanse uno á otro en sendos dichos de amor, cual esos castos enamorados tortolillos á quienes la tradición atribuye fidelidades cuya virtud podría servir de ejemplo á nuestra superior especie. Jamás el ojo avizor de una familia celó á dos novios jóvenes é inexpertos, destinados al establecimiento de un

hogar honradísimo y á las generaciones de una prole numerosa, como los deseos de gozar más y más en los aparatos de fingidas nupcias contuvieron á los locos amantes, imponiéndoles abstinencias y privaciones demostrativas de su exaltada locura. Sin embargo, no se movían á los mismos impulsos. Bastaba verlos para diferenciarlos y distinguirlos. Aunque los moldes casi litúrgicos donde troquelaba sus medallas el mundo antiguo presta ciertos tipos á los hombres y mujeres del todo esculturales y armoniosos, en Mesalina predominaba por estos días la gordura proveniente del hartazgo, que hubiera frizado en hastío de permitirlo su sensualidad, mientras en Silio predominaban la inquietud y la neurosis provenientes de aquel su natural ambicioso, que corría múltiples aventuras, en las cuales tras cada beso de amor se ocultaba un beso de muerte, por arribar al trono del mundo, cuyos lejos entreveía y columbraba en forma de Olimpo, destinado á entroncarle con los césares, únicos verdaderos dioses. Así, había ido Silio, el más bello mozo de la Ciudad Eterna, con todas sus prestancias juveniles y todas sus ardientes pasiones henchidas de amorosas promesas, á los brazos de la emperatriz, para que se hartaran, si podían hartarse alguna vez, los insaciabiles apetitos suyos, ofreciéndole con cruel indiferencia en holocausto la propia mujer inmolada por su mano á la poderosa rival; pero habiendo querido, no goces procurados por él á Mesalina y por él no con Mesalina compartidos, logro de ambiciones mil veces soñadas y sólo aseguibles por obra de una casualidad, como la increíble de aquel amor, verdaderamente atroz, y por merced y capricho de aquella mujer en quien el mejor puesto de la tierra no había contrastado, ninfómana, y de consiguiente prostituta por naturaleza, los irremediabiles instintos de su nativa prostitución. Si Mesalina requería de Silio la satisfacción de sus sentidos, Silio requería de Mesalina la satisfacción de sus ambiciones. El había llevado al acervo común de aquellos amores su persona, y á cambio pedía que llevase la emperatriz su diadema. Por esta razón el sello imperial pasó de las manos del distraído Claudio á las manos de su esposa la emperatriz, y de las manos de su esposa la emperatriz á las manos del adúltero Silio. Mil veces, tras el agotamiento de sus fuerzas, había se puesto á soñar con el ejercicio de mandos supremos y con la satisfacción, de ambiciones desapo-

deradas, en sus insomnios continuos y en sus delirios febriles, sin comprender cómo estos cargos altísimos de una superior actividad piden concentración de fuerzas vedadas por ley natural á cuantos las malgastan y disipan en voraces asesinos vicios. Cuando tal idea



Mesalina (busto del capitolio)

le asaltaba con persistencia, poníase vestiduras fastuosas que le había llevado Mesalina, separadas de los vestuarios imperiales, arrancadas á los hombros de Claudio mismo, para que la ilusión tomase mayores visos de verosimilitud en la misma verdad. Pero á Silio podía decirsele, con tal ocasión y motivo, aquello que de Paris dijera Ovidio: «A los fuertes, las guerras; á ti, hermoso mancebo, el amor.» La hermosura de Silio no tuvo igual en Roma.

Parecía el Apolo tallado por los cinceles griegos en mármol pénelico, pero de carne y hueso, moviéndose al impulso de roja sangre y de animación exaltadísima. Su piel rosada y fina, su cabellera luciente, sus labios entreabiertos, algo tenían, por la delicadeza y por la gracia, del tipo femenino; pero su delgadez nerviosísima, su amplia cabeza, la cerviz de toro, la garganta con su nuez saliente, los vellos de su pecho, el brazo nervudo, el ojo relampagueante, la fuerza y el vigor, hacíanle un verdadero atleta de virilidad incomparable. Pero ¡ah! efecto de todas estas condiciones, hallábanse los pies de aquel hombre, semejante á efebo helénico en su gracia, y á gladiador tracio en su fuerza, enredados con las raíces del mundo animal, á cuyas últimas gradas lo empujó aquella degradación de alma y de cuerpo en que lo hundiera, no me atrevo á decir el amor, el vicio de su querida. Sí; hay en los empeños de la guerra y de la política penas congénitas con todo esfuerzo y trabajo; pero á cambio de tantas dificultades, hállanse, así en una como en otra, piedras de toque donde acerar el temperamento, prestándole, para dirigirlo contra los males del Universo, un filo y un corte verdaderos. En el manchado lecho, en la desordenada vigilia, en los placeres eróticos, en las noches orgiásticas, piérdese, con la conciencia, la voluntad. No solamente se desacostumbra la vista interior de aquello que más necesita, de la distinción entre lo bueno y lo malo; se atrofia la voluntad, imposibilitándose para el aborrecimiento de éste y para el amor de aquél. Dirigir, ordenar, imperar, esto es como combatir: una ocupación, un ministerio, si queréis un oficio, en el cual necesitanse fuerzas morales de primer orden inasequibles al cuitado embebido en los excesos y desórdenes del tálamo. Silio podía vestirse de César como cualquier histrión en el teatro; mas para granjearse tal puesto, necesitaba que le abriera el camino la fuerza moral recabada en saludables castidades del alma y del cuerpo, no el encanijamiento de alma y cuerpo que le aparejaron los excesos del vino y del amor. Esclavo de aquella mujer, solamente en el desvarío engendrado por sus propios vicios podía encontrar alucinaciones capaces de alzarlo desde tales abismos de inmundicias y podredumbres á los ensueños con el supremo poder y con la suprema fortuna.

Eran los momentos anteriores á la increíble boda. Mesalina y

Silio miraban desde una ventana del Palatino aquella Roma nunca bastante admirada y querida: el foro al pie, á la derecha el comienzo de la vía sacra ó triunfal, á la izquierda el sublime Capitolio concluído por las majestuosas líneas del templo donde adoraban los romanos al Júpiter Capitolino. Aquella vista sublime no divertía el ánimo de la emperatriz del amor y sus goces, mientras volvía nuevamente á despertar en el ánimo de Silio las propensiones al poder propias de su naturaleza y de su sexo. Pero estas aprensiones múltiples no iban exentas de múltiples cuidados. En Roma reinaba el terror desde las guerras civiles, agravado por los horrores inenarrables, dimanados de las feroces almas, ya de Tiberio, ya de Calígula. Y por todas partes esparcidos reinaba, desde que murieron allí la República y la libertad, el más envilecedor de todos los afectos, reinaba el miedo. Los Césares habíanse desposado con la muerte. Llevábanla maniatada junto á sí para soltarla contra cualquiera que les hiciese sombra ó les infundiera un miedo análogo al que difundían ellos. Silio sabía perfectamente que, no logrando el Imperio, había de topar con la muerte. Amó á Mesalina por temor de que lo matara, como había hecho matar á un cuitado que se le resistiera. Pero ya en brazos de Mesalina, temía que, al saber Claudio aquel adulterio, no de una sola noche, de por vida, se irritase contra su émulo y lo matara. Por eso los amores en tal ocasión tienen tanto de trágicos. El tálamo nupcial parece un mortuorio túmulo. Huele á siempreviva la corona de azafrán. Los velos nupciales confúndense con los luctuosos sudarios. El coro epitalámico llora como cualquier plañidera elegía. Sobre todos los vicios y todos los placeres tiende sus dos alas de murciélago la descarnada muerte. Silio veía esto y no encontraba contra ello ningún otro refugio sino un Imperio seguro y omnipotente para él, cuyo poder lo preservara del desquite de su emperador, quien lo mandaría matar en cuanto llegase á saber cómo lo había sustituido en su matrimonio, y cómo, á consecuencia de haberlo sustituido en su matrimonio, podía también sustituirlo en su trono. Así, mientras Mesalina importunaba con sus ruegos á Silio para que acelerase la boda, Silio importunaba con sus ruegos á Mesalina para que acelerase algo más granado, el Imperio.

— Mesalina — decía su amante, — no habrá paz para nosotros

mientras no hayamos puesto bajo el solio de los césares el trono de nuestros amores.

— Ten, Silio, un poco de paciencia, que todo se andará.

— Te veo poco resuelta.

— ¿Poco resuelta cuando me caso públicamente contigo?

— ¿Y qué?

— Que tal ceremonia no significa pura y simplemente un capricho mío; significa la solemne promesa de llevarte desde mi tálamo á mi trono, empujando hacia el infierno, para que deje tu lugar vacío, al imbécil perezoso Claudio.

— No desearía otra cosa yo; pero veo que mucho te desvelas para que sea tu marido, poco para que sea tu coemperador.

— Ya lo serás.

— Advierto señales de nupcias que me placen; pero no señales de mando que me placieran también.

— Espera.

— No te olvides, Mesalina, de que puede un mensajero cualquiera personarse pronto en Ostia y volverse con una sentencia de muerte contra los dos.

— No seas caviloso.

— Veo á Narciso ahora omnipotente.

— Ya le segaremos la hierba pronto bajo los pies.

— Ningún indicio descubro de tal resolución.

— ¿Cómo que no lo descubres?

— Podrás tenerlo, mas no lo pones por obra.

— Recuerda, querido Silio mío, todos aquellos que han pagado su enemistad hacia mí con la cabeza.

— Pienso en ellos y los recuerdo.

— Acuérdate de cómo hice matar al buen Asiático, tan sólo porque codiciaba los jardines de Lúculo en competencia conmigo, perdida por ellos.

— Mesalina, me acuerdo.

— Acuérdate de que obligué á una rival mía, sin compasión, á quitarse la vida en aquella cárcel misma donde yo la reclusa.

— También me acuerdo ahora de tal caso.

— Y mi rival gozaba suma influencia. Y Asiático era un hom-

bre de pro; como que la serenidad mostrada por él ante la muerte ha pasado á los refranes y proverbios.

— Con razón, pues no se me olvidará nunca jamás que, habiendo querido ver la leña destinada por sus verdugos á consumir su cuerpo, hizo retirarla del sitio prefijado á la cremación porque podía con facilidad ahumar unos vecinos árboles.

— No digo nada de los dos Petras inmolados también á una señal mía.

— Mas imputándoles haber visto en sueños á Claudio con una guirnalda de pámpanos marchitos, lo cual se interpretó como anuncio de que moriría el cuitado al ingreso del otoño.

— Justo.

— No veo que procedas con igual empeño respecto de Narciso, quien te detesta hoy como no detestó á ninguna otra persona nunca jamás.

— Pero teme Narciso mucho el ascendiente mío sobre su amo, y no se atreverá de ningún modo á lanzarlo contra mí, temeroso de perder en tal combate la cabeza.

— No te fies, Mesalina.

— ¿Pues no ha visto cómo he ido en procesión á tu casa? ¿No sabe que sobre tu mesa brillan las insignias imperiales? ¿No conoce la historia del sello cesáreo arrancado á Claudio y puesto por mí en tus manos? ¿No me ha encontrado cien veces por las vías de Roma contigo á mi lado cual pueda estar Júpiter en el Olimpo junto á Juno? Tras tanto tiempo de callarse no le creo capaz de hablar ahora. El silencio que ha guardado hasta hoy, lo guardará de hoy en adelante.

— No te fies.

— Quiere mucho á Claudio, y le hago la justicia de creer que no me acusa, por valer más en él su amistad al emperador que su aborrecimiento á mí.

— Anda en estos días muy embargado por múltiples pensamientos, y voy temiendo sea el capital nuestra entrega.

— Precisa convenir en que lo haría, de no amar tanto á Británico, en quien si descubren sus odios á mí, odios acerbos, un hijo de la emperatriz, también descubren sus amistades con Claudio un hijo del emperador.

— ¿Crees que odia tanto como á ti á la única en vuestra familia imperial capaz de sustituirte y reemplazarte?

— Creo que la odia más.

— Dúdolo mucho.

— Pues con pararte un poco á meditar desvaneceríanse tales dudas. Todo esto se halla en el orden más natural de las cosas. Narciso me aborrece á mí sola en sus guerras conmigo, mas quiere con devoción á mi Germánico; en tanto que, al tratarse de Agripina, detéstala completamente á ella, no sólo por ella misma, por su hijo Nerón.

— Pues he ahí una de las causas que debían determinarte á concluir pronto con Claudio: la imprescindible necesidad inmediata de que lo reemplace Británico, pudiendo tú, merced á este natural expediente, asentarle contigo mañana en el trono.

— Me duele mucho acelerar el fin de Claudio.

— ¿Quién aguardas entonces que lo mate?

— Sus muchos enemigos.

— ¿Dónde se hallan esos enemigos?

— En él mismo, dentro de su cuerpo, y son sus años.

— ¿Vas á esperar que le maten los años?

— ¿Qué hacer?

— Atrévete á todo.

— ¿Atreverme á matarlo?

— Sí.

— ¡Horror, Silio!

— Los consejos virtuosos y sabios pueden darse á los inocentes, á los puros, á los virtuosos; aquellos que han caído como nosotros en tantas culpas, no tienen otro remedio sino prescindir del escrúpulo y apelar al atrevimiento. Pasa por tales desfallecimientos el emperador; que adolece de muy desmemoriado hasta en los desquites; pues si precipitado en sus iras, tarda mucho en atender á las insidias y arriesgarse á las obras.

— Silio, yo quiero que ames en mí, no el satisfactorio logro de tus ambiciones políticas; el placer de tus sentidos embriagados y fuera de sí por mi amor, capaz de despertarte un deseo mayor tras otro deseo cumplido, y enardecerte con sus llamas en incendio amoroso inextinguible.

— ¡Mesalina! — exclamó Silio al ver chispear los ojos aquellos, cual si temiera ser devorado y consumido en el incendio que atizaba la especialísima novia.

— Por los dioses, háblame de amores.

— Te hablaré de amores — dijo Silio, escuchando maquinalmente á Mesalina y maquinalmente obedeciéndola.

— Habla.

— Mira, este matrimonio...

— Bien, habla del matrimonio nuestro.

— Este matrimonio nuestro...

— Sigue, sigue.

— Tan criticado por muchos...

— Envidiosos, debías añadir.

— Por muchos cómplices míos en odiar á Claudio...

— Calla, calla.

Y Mesalina le tapó la boca por fuerza poniendo en ella su diminuta mano.

— Muchos cómplices míos, iba diciendo, deseosos de sustituir á Claudio en su lecho nupcial y adoptar á Británico, asegurando así el trono en la familia de los césares contra toda maquinación de la detestable Agripina y de su hijo el nefasto Nerón.

— Me voy á ir sin celebrar nuestras nupcias — dijo Mesalina conminando con esto á Silio

— No te vayas, dulce bien mío, hablaremos de amores.

— ¡Gracias á los dioses!

— ¡Qué horror! — dijo Silio, retrocediendo espantado.

— ¿Qué te pasa?

— No me atrevo á decirte cuanto pasa por mí en este instante.

— Serénate, Silio, serénate.

— Mesalina, ¡qué horror!

El joven patricio parecía, según lo blanco, lo frío, lo sudoroso, lo inerte, parecía hecho un mármol sobre el que hubiese llovido una tormenta.

— Vuelvo á preguntarte: ¿qué pasa?

— Pues he visto á Narciso atravesar frente á nosotros, acompañado de los esbirros que tiene dispuestos habitualmente el César para la perpetración de los asesinatos sugeridos por razones de Estado.